

Piensa, habla, grita.

Locura: bien inmerso genéticamente en la mente humana,
pues con ella vemos la verdadera realidad tal y como es.

Así quiero empezar este poema y así los acabaré, es mi manera de saber
lo que mi mente piensa, lo que mi corazón habla y lo que mi alma grita.

Mi mente piensa:

Necesito a alguien que sepa apreciar el amor que muestro sin engañar,
que doy sin más; sí, que doy sin más; sin esperar reciprocidad.

Necesito a alguien que me vea tal cual, que cure mis cicatrices eternas,
pues tengo tantas heridas abiertas que ni el amor puede cerrar esa puerta.

Necesito a alguien que me quiera sin etiquetas,
sin leyes innecesarias que me son impuestas
por una sociedad que simplemente apesta.

Sueño que soy libre, esa es mi penitencia y aunque por dentro llore de impotencia,
nunca mostraré el dolor de mi inocencia ya que el don que acompaña mi existencia
merece ser mostrada sin asomar conciencia.

Mi corazón habla:

Siento atronadores compases en mi alma, rugidos de feroces leones que me acompañan
al ritmo noctívago y transeúnte de mil lunas, como cual arena hacinada en cálidas dunas
desérticamente inertes sin conseguir fortuna.

Por eso actúo sin predeterminar mis acciones, dentro de un mundo febril e ininteligible,
dentro de una máquina sin estrategias previas que pongan de manifiesto la madurez
cognitiva
siempre vencida por la extroversión impulsiva.

Todo esto lo efectúo sin escatimar en gastos
ni en posteriores sentidos de culpabilidades;
ya que los arrepentimientos me harían débil de mente:
adjetivo del que se aprovecha el cobarde para ser valiente.

Por eso yo soy necio, pero en su justa medida;
ya que nunca abuso de los que sangran sin heridas.

Infausto soy, siendo consumista con vida de vagabundo,
gracias a un globalizado sistema en el que inundo
creencias esperanzadas dentro de un vulgar mundo,
en el que tan solo nos venden un negro humo,
en el que tan solo el peculio mueve los hilos
de una sociedad que no encuentra su sino,
de una humanidad que nació con un aciago destino:
la iniquidad e ignominia que nació en nuestros sentidos.

El ser feliz es un cliché de color negro tatuado,
con tinta occisa de algo eternamente perpetuado,
con entes cercanos a los que sentirnos amados
aunque luego se convierta en la sogá del ahorcado.

 Mi alma grita:

 Me gustaría ser aire, para transformarme en viento
 y poder silbar susurros de amor en forma de cuento.

Me gustaría ser sol, reflejado en un cielo púrpura al anochecer,
 esperando a que sea otro día para volver a nacer.

 Me gustaría ser gotas que lloran cuando diluvia
 y poder purificar este mundo convirtiéndolo en lluvia.

 Me gustaría ser un aventurero para explorar la naturaleza
 y formar parte del milagro que con gran entereza representa.

 Milagro, porque a pesar de ser tratada con abismal bajeza,
 sigue siendo púdica y transigente, regalándonos con suma delicadeza
 vida, hilaridad y demás estados anímicos aptos para nuestra supervivencia.

 Me gustaría ser un anacoreta y vetusto ermitaño,
 vivir en un bosque lleno de entes extraños,
 sin pensar qué hacer en los próximos años.

 Locura, así comencé este poema y así lo acabaré.

Locura que me envuelve por culpa de una mente, de un corazón y de un alma
 que me dictan verdades categóricas guardadas para siempre.